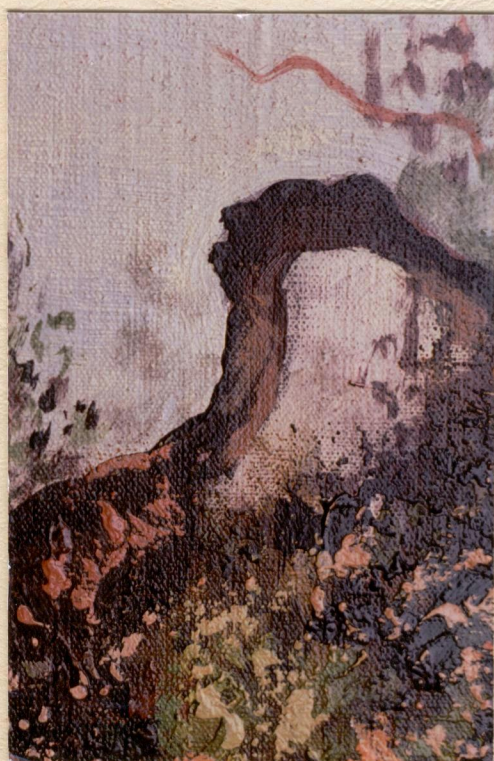




Índice

Primero: Finkenwerder - La isla de los pinzones.

Segundo: Fredegiso de Zurigo.

Tercero: Abraham de Freiberg.

Cuarto: Frühmette o la vida contada por una gallina de campo.

Quinto: Antonio del Barranco de las Cañas.

Sexto: Las aves de Memnón.

Séptimo: De cómo encontramos el maíz y la Montaña de Oro.

Octavo: El Camino de Poniente.

FINKEN WERDER

“A la batalla de Helgoland le siguió la de Düppel en Schleswig y las penurias nos empujaron a mi padre y a mí hasta Finken Werder (La isla de los Pinzones) a orillas del río Elbe. Allí encontramos trabajo en unos diques que moderaban las aguas del río, cuando en primavera coincidiendo el deshielo y las lluvias, se ponían bravas y buscaban viejos caminos. Los primeros días del Otoño fueron fríos y de lluvias casi seguidas. Cuando el aguacero arreciaba, nos refugiábamos en un viejo molino, que hacía las veces de albergue para los que trabajábamos. Allí en un montón de sacos vacíos, aquella tarde estaba durmiendo un desconocido, envuelto en una gran capa negra. En la palma de la mano derecha tenía acurrucado un pequeño pájaro de alas verdes, pecho blanco y plumas de motitas rojas en el cuello. A los pies del anciano había una jaula de mimbre que algún día estuvo pintada de amarillo —como suelen hacerlo en las aldeas de Magdeburgo, para darle a los pájaros la ilusión del sol en los oscuros días de invierno—, que debe ser el refugio del avecilla. El ruido que hicieron en las losas los zuecos de los que entrábamos huyendo del aguacero, despertaron al anciano. Se levantó de su pobre lecho y nos hizo una pequeña reverencia. Era un hombre muy alto y tenía los ojos extraordinariamente azules, que brillaban en la penumbra del interior del molino. El pajarillo había volado de su mano y buscaba entre las grietas de las losas algunos granos de trigo. Los que entramos dimos las buenas tardes.

—¿Eres del país? —preguntó uno de los que había entrado.

—No. Estoy de paso.

—¿Adónde te diriges?

—A una ciudad cuyo nombre no puedo decir.

—¿Una ciudad prohibida como la que está escondida en los montes de Bohemia?

—No. Es una ciudad a la que solamente podré llegar si no digo a nadie su nombre. Me cuesta mucho trabajo callarlo. A veces necesito acercarme a alguien, yendo de camino, pasarle el brazo por encima del hombro, y decirle a donde voy. Pero no puedo. Perdería setenta años de viaje al sol, bajo la lluvia, a través de la nieve...

El anciano silbó al pájaro, y éste abandonó la búsqueda de su comida y se vino a la jaula. El anciano se envolvió en la capa, se cubrió con un sombrero de ancha ala, pidió se le acercara su bastón, y con la jaula en la mano izquierda salió al camino bordeado de abedules, que iba al pie del dique antiguo, que llaman del Duque Pablo, y nadie sabía porqué, pues nunca había habido un Duque Pablo en el país y el dique lo había construido pobres campesinos y unas familias holandesas de Nijmegen, que en guerra con los españoles había tenido que huir de su país, estableciéndose a este lado del río donde aun hoy se siguen escuchando voces de sus tierras de origen (plattdeutsch). Llovía fuerte y venteaba, pero el anciano caminaba decidido y seguro.

Había pasado ya un año. Mi padre decidió volver con mi madre y hermanos a Husum; yo quise vivir en la bulliciosa y hermosa ciudad que había tenido todos los días frete a mí, Hamburgo. Por aquellas fechas de 1869 cumplí mis dieciocho años. Los días de mercado bajaba de buena mañana a trabajar en Mörkenstrasse, hasta mediodía, cuando tomando un descanso me acercaba hasta una taberna en donde tenía por costumbre pedir una de las famosas sopas de anguilas (Aalsuppe) hanseáticas, que siempre las servían perfumadas y humeantes, y un segundo plato para el duro trabajo que me esperaba durante la tarde, "Schnuten un' Poten", morro y patas de cerdo (Schweinenmaul und Schweinsfüsse) aliñadas con almendras y vino blanco de Jerez. Por entre las mesas de la taberna, ese mediodía circulaba una mujer que vendía estampas coloreadas: paisajes, palacios, escenas de caza, grandes veleros con sus nombres escritos en letras de oro. Contemplé las estampas y quedé sorprendido al reconocer en una al anciano de ojos azules y el pájaro en la jaula de aquella tarde en el molino de Finken Werder. El anciano que viajaba a una ciudad cuyo nombre no podía decir. Era el mismo. Leí el texto que venía al pie del grabado: 'Retrato del hombre que viaja hacia la Montaña de Oro, con el alma de su hija en forma de pájaro. Todo el mundo sabe que la Montaña de Oro no existe, aunque haya varias con ese nombre y digan haberlas visto'.

Compré la estampa, pero no pude continuar con el segundo plato. Se me había puesto un nudo en la garganta. Los ojos se me llenaron de lágrimas recordando al anciano, que seguía caminando hacia la muerte, buscado la ciudad que no existía. Salí de la taberna, recogí mi poco equipaje y con la estampa en la mano, me dispuse a caminar hasta encontrar al anciano, para decirle que regresase, que no había Montaña de Oro. Llegue hasta el viejo molino de Finken Werder, caía un fuerte aguacero y al bosquecillo de abedules apenas le quedaban ya hojas. En un rincón, junto a una ventana procuré un sitio donde dormir esa noche, con las últimas luces de la tarde escuche el "zizi-yezye" de un pinzón (Fink), quería decirme algo, y en aquel preciso instante supe que ya no volvería más a este lugar. Después de muchos años aun no he encontrado al anciano de ojos azules y el pájaro que le acompañaba de alas verdes, pecho blanco y motitas rojas en el plumón de su cuello". Firmado: Miguel Batberger.

Me había acercado hasta la librería de lance de la Cuesta de Lujan en la ciudad de Córdoba, con el propósito de comprarme un diccionario de alemán de segunda mano, el dueño me indicó una estantería en donde había libros que llevaban mucho tiempo sin ser movidos de los estantes, el polvo y la humedad había hecho mella en muchos de ellos. Un libro llamó poderosamente mi atención, tenía las tapas amarillas y en el lomo, estampado en rojo un pájaro de alas verdes y pecho blanco que miraba a una gallina rubicunda desde las ramas de un abedul. El autor era un tal Hans Theodor Storm y el título del libro, casi impronunciable: "Der Schimmerleiter. Andere Erzählungen", editado en 1892 en Leipzig. Entre sus primeras páginas dañadas ya por la humedad, encontré en un papel escrito a mano la historia del viejo que buscaba la Montaña de Oro. Aun me encontraba con el corazón encogido, cuando vi acercarse al dueño de la librería:

-¿Qué, has encontrado lo que buscabas? -Me dijo sonriendo.

-Creo que he tenido suerte.

-Todos estos libros que aquí ves, se los compre a un buhonero que los había encontrado en un cortijo de la Sierra, abandonados en un establo. Y aquí siguen, hasta ahora nadie se había interesado por ellos. Te los puedes llevar todos, no te pienso pedir mucho por ellos.

La razón se atarea vanamente en mostrarnos en todo momento las proporciones y los límites de la vida y es el azar que anda por ahí escondido, con ayuda de la imaginación los que forjan los momentos más entrañables de nuestra corta existencia.

Ese día en la vieja librería de la Cuesta de Lujan en Córdoba di las gracias a todos los dioses antiguos que alguna vez habitaron por esa antigua ciudad; había encontrado algo que no había ido a buscar y que desde ese día cambiarían por completo mi vida. El diccionario de alemán-español pasó a un segundo plano, eran aquellos libros de hermosa encuadernación deteriorados por la humedad y el abandono los que me tenía intrigado. El de Theodor Storm y dos más, "Zürche Novellen" de Gottfried Keller y el de W. Raabe titulado "Stopfkuchen", en español "Pasteles de estopa"; la sensación que sentía cuando abandoné la librería era la de haber comido algo extraño y pesado.

Vivimos de las cosas prestadas. Ya nadie se acuerda de que una vez hubo una librería de libros usados en la Cuesta de Lujan, pero eso no tiene importancia ahora. ¿Cuántas cosas que me prestaron los libros manejo ahora cómo mías? No lo sé. Lo que me prestaron los libros de aquella vieja librería de Córdoba, es algo que ahora me encierra. Algo que solo puedo comprender si me adentro en ellos. Después vino el verano con sus tardes calurosas -y los que han vivido en el Sur las conocen-, y las frescas y espaciosas habitaciones de la casa de mis abuelos en la Sierra que me permitieron entrar en aquellas páginas. Fueron semanas en donde no conté los días como míos, en donde aprendí que las cosas son diferentes y también reales en otras partes del mundo. Si alguien me vio, pensaría que estaba loco. El otoño no tardó en venir y ya tenía decidido vivir como un "réprobo" -que decía mi madre-, vagando por los caminos como muchos de los personajes que iban apareciendo entre las páginas de aquellos libros en hojas sueltas y manuscritas, siempre por las mismas manos: Miguel Batberger.

Un día me dio sueño como a cualquier criatura - el viaje duraba ya cuatro días-, y al despertar me encontré cruzando en tren un ancho río por un puente llamado Elbebrücke, en menos de una hora me encontraría en la ciudad de Hamburgo, "cerca - pensé-, se encontrará Finken Werder". Era invierno y los altavoces avisaba de la llegada a la estación de Altona. Bajé del vagón con la sensación de que todo era un sueño, pero dentro el corazón me latía con toda su fuerza. Nadie tenía que venir a esperarme, cuando salí a la calle, del otro lado - pese al frío y la oscuridad-, de un bosquecillo o jardín oí claramente como cantaban los pinzones... También yo sé hacer conjeturas, después de andar un corto trecho, les di las gracias.

Tres meses y el viento que con su verdad te avisa de la llegada del buen tiempo, primero son los brotes de los álamos y el canto de los mirlos en los primeros reflejos del día. La mañana de Mayo era dulce contemplada desde el embarcadero, las palomas y las avefrías anidaban junto a grandes bloques de contenedores, cada uno con el nombre de la compañía naviera a la que pertenecían. La coronaria roja y el perejil de vaca florecían junto a un bosquecillo de abedules. Por primera vez pisaba Finken Werder. Dudé que aquel lugar fuese realmente el que me había referido a mí mismo tantas veces, a la vista no era el mismo, pero no hay nada mejor que el canto de un pájaro dándote la bienvenida y recordándote que en la vida todo termina por comprenderse.

A las aguas del Elba parecía como si le brotase la luz y su resplandor se reflejaba en las viejas piedras grises y verdes del que supuse sería el dique del Duque Pablo, a un extremo imponentes bloques de contenedores y en otro un bosquecillo de sauces con algún que otro abedul. Busqué una sombra donde sentarme y comer algo, desde lejos pude ver como un grupo de gente joven y bulliciosa se perdía entre unos edificios en construcción. Saqué un cuadernillo y comencé a tomar nota: “El abedul se parece a un álamo blanco, sus hojas en primavera se hacen cómplices del viento como todos los árboles de las riveras...” De repente, sonaron dos disparos que me hicieron dar un salto y ponerme de pie, las palomas atemorizadas huían en bandadas, apenas tuve tiempo de coger la mochila y echar a correr, un grupo de policía antidisturbios con todos sus aparejos venían hacia mí dando gritos como condenados y tocando unos espantosos silbatos. Estando corriendo, fue cuando tomé conciencia de lo importantes que son los pies en la salvación del hombre. Al pasar cerca de los edificios en construcción vi de reojo y encaramados en una grúa a un par de jóvenes que habían desplegado una pancarta que decía: “SALVEMOS FINKEN-WERDER – NO A LA CENTRAL DE CONTENEDORES”.

No puedo decir si fue por azar o por milagro, la carretera por donde huía de mis perseguidores se llamaba “Mühlenberger”, “El Montículo del Molino”. El uso de las cosas conocidas –y esto lo aprendemos de bien pequeños-, es lo que nos hace dueños de nuestros temores, allí frente a mí estaba un hermoso y viejo edificio de ladrillos rojos con una de sus puertas abierta; entré como si fuera mi propia casa.

El pensamiento o la reflexión en el hombre tuvo que nacer en un día de persecución como aquel, miré en donde esconderme y entre el hueco de una escalera y una pequeña ventana, casi logro hacerme invisible. Poco a poco fui acostumbrándome a la oscuridad, abrí bien los ojos, todo lo que pude, frente a la nariz, escrito en un ladrillo descubrí lo que había venido a buscar:

“AL s die henne hockt sie im GRAs
BunddEft sich ihr plätzchen zurecht
und JOdeln” - miguel batberger

Estuve largo tiempo mirándolo y no entendía nada de aquel mensaje escrito en la pared por alguien que me era de sobra conocido. Copié una a una las letras y las palabras, más tarde –me dije- tendría tiempo: “Cuando una gallina agachada en la hierba remueve el sitio para acomodarse y cantar a la tirolesa”. No entendía nada. Una y otra vez miraba y leía el mensaje; era inútil seguir, hasta que me acorde de algo que él, Miguel Batberger me había dejado escrito en una de las páginas de sus libros: “Para aprender a manejar los conceptos, hay que desaprender a mirar las cosas”. El tamaño y la forma de las palabras eran diferentes unas de otras: “AL...GRA...B...E...JO”.

Las palabras se despojaron de su secreto y fue entonces cuando percibí mi destino, dejándome postrado y atónito. Esa misma noche le escribí a mi hermano contándoselo todo.

Hacienda del Algarabejo, Córdoba

Querido hermano:

Estuvimos impacientes esperando tu carta y las noticias que nos has mandado en ésta última desde Hamburgo nos dejan tranquilos, sabiendo que te encuentras bien y que te has adaptado al clima de esas tierras y a sus comidas. Nos alegramos mucho. Aquí todos los horizontes han sido de lluvia durante los tres últimos meses y ha bastado con que se abrieran un poco los cielos y saliese el sol, para que se colasen todos los buenos propósitos de la vida y la primavera se instalase antes en el aire que en el calendario.

Esta mañana, algo raro en mí, me desperté tarde y fue con el canto de un pájaro. Salté de la cama sobresaltado por el silencio que había, salí al exterior del cortijo y no encontré a ninguno de sus habitantes. A esa hora tanto las gallinas como los perros me esperan impacientes para que les eche de comer. Miré a un lado y a otro, y entre las hileras de los olivos pude verlos a todos en un extremo de la montaña, agrupados, mirando todos hacia el camino que baja hasta el arroyo. Rápidamente me puse los zapatos, y cuando llegué a donde se encontraban reunido, no me miraron siquiera. Sólo esa urraca que en mi anterior carta te dije había aparecido por aquí este invierno, me saludó con un sonoro "Gute Morgen"; me quedé mirándola sorprendido y ella se encogió de alas y vi como se reía. Aún tuve tiempo de ver como un hombre se perdía por el camino en dirección a poniente.

Volvíamos todos al cortijo en el silencio más absoluto, hasta que los gallos más jóvenes se pusieron a cantar y a dar saltos de alegría. Sólo "Gardel" el viejo gallo continuaba cabizbajo, de pronto se puso como loco y nos costó mucho poderlo calmar.

El viento del Este hace que a mediodía suban las temperaturas y que Antonio el cabrero deje su ganado durmiendo la siesta y se acerque hasta el cortijo a tomarse una cerveza y hablar un rato. Lo encontré muy preocupado:

"Los perros -dijo-, no ladraron en ningún momento ni se pusieron nerviosos cuando se acercó a preguntarme por el viejo camino que va hasta Portugal. Era un señor de edad, alto y delgado, se le veía curtido por el viento y el sol de los caminos. En su mano izquierda llevaba una jaula con un pequeño pájaro de pecho blanco, alas verdes, con motitas rojas en el plumón de su cuello. Le indiqué por donde discurría el camino y con mucha educación me dio las gracias. Hasta que no los perdimos por completo de vista, las cabras no se movieron de su sitio, y no probaron bocado alguno."

Ahora, con todo lo que termino de contarte estarás aún más preocupado; lo siento por ti. Aquí mientras te escribía se ha hecho ya de noche y fuera en el campo se oyen los ladridos de los perros de otros cortijos y de tarde en tarde el canto de un pájaro, es un "hui-tec-tec" de tonos puros y melancólicos, que me recuerdan algunas melodías napolitanas.

Un fuerte abrazo,



“Cuando el mundo era medio milenio más joven, tenían todos los sucesos formas externas mucho más pronunciadas que ahora. Entre el dolor y la alegría, entre la desgracia y la dicha, parecía la distancia mayor de lo que nos parece a nosotros. Todas las experiencias de la vida conservaban ese grado de espontaneidad y ese carácter absoluto que la alegría y el dolor tienen aún hoy en el espíritu del niño”.

Johan Huizinga “Herbst des Mittelalters”.

FREDEGISO DE ZÜRIGO

¿Quién se acuerda de Fredegiso? Su voz tenía acento de abedul. Ya sé que en tiempos de monopolios y de fusiones, nadie confía en los que tenemos más de un nombre: Acebuche, Oliveira, Olivo. "Ölbaum" —dijo nada más verme—, empezaba a atardecer y respiraban los jazmines, fue sin duda alguna a comienzos del verano.

Según cuenta G. Morin en su "Recherches de théologie ancienne et médiévale", Fredegiso nació en la ciudad de Zürich (ca.907), en el seno de una familia de molineros, su casa estaba situada en la Mühlebachstrasse, en donde los canales que bajan del caudaloso río Limmat, movían numerosos batanes y molinos harineros. En el molino conocido como "El Molino de las Mujeres", se crió con sus tres hermanas y su madre, viuda el mismo día en que Fredegiso vio la luz por primera vez. Su padre, hombre honrado y trabajador, murió de la patada que le propinó un pacífico caballo de los llamados de Provenza, que por su fuerza eran utilizados para mover las pesadas piedras de los molinos y que sólo pretendía quitarse unas pesadas moscas de encima.

Pasada la niñez, su madre mujer inteligente, lo mandó a servir a casa del prior de la iglesia que fundara allá por el año 853 Luis el Alemán y donde encontraban paz y sosiego las damas nobles de la ciudad. En sus vidrieras que dan luz al coro, Marc Chagal años después se acordó de Fredegiso y lo representó ensimismado mirando a las estrellas. Allí fue donde aprendió sus primeras letras y a contar de siete en siete, pues decía le traía buena suerte. Para él, los trabajos más pesados no debía prolongarse más allá de las siete de la tarde y así poder tener tiempo para guardar los recuerdos y que no se borrasen de la memoria.

Sucedió que un buen día, soleadas y de agradecer ya las mañanas, pasado el tiempo de recogimiento de Cuaresma, su señor el prior para celebrarlo, invitó al burgomaestre y a otras eminencias del clero a beber unos vinos y a saborear unas viandas preparadas por un afamado cocinero de Lyon. Allí discutían de si la razón era necesaria a la hora de examinar los dogmas de la Santa Madre Iglesia. Fredegiso que contaba ya con catorce años terció en el asunto, en un momento de difícil solución para su señor, y basándose en sus conocimientos de moliendas y harinas de otros costales, les aseguró a todos los presentes, que si el pan se transformaba en el cuerpo de Cristo, el pan no se alteraba en manera alguna y que por la blancura de su harina, él podía decir sin riesgo a equivocarse de que molino de las riberas del Limmat procedía.

Esto hizo que el obispo de Vicenza allí presente, se fijara en tan prometedor joven y semanas más tarde estuviera aprendiendo latines y otros conocimientos en Italia. Su madre y hermanas le dieron un poco de dinero y una gallina de cresta roja que tenía por costumbre poner dos huevos al día y descasar los domingos y fiestas de guardar, y que se hizo famosa en el convento de San Lauro en Vicenza por cantar maitines en griego y en perfecto alemán de Zürich; desde entonces a estas gallinas rubicundas y ponedoras se les llama en ciertos cantones de Suiza y en el Norte de Italia, "Frühmette".

Yo como árbol de los campos del Sur, siempre tengo dispuesta una rama para que se posen los pájaros y un hueco en mi tronco para que las gallinas hagan sus nidadas.

El tiempo también actúa debajo de tierra. Algunos piensan que lo que nos sostiene a los árboles son las raíces y no es así, es el sentimiento con que nos abrazamos a ese trozo de superficie del planeta lo que nos sostiene y nos libra en parte de los caprichos del destino. Siete años tardó Fredegiso en regresar a su pueblo y siguiendo la moda de los peregrinos de Tierra Santa, se instaló en una cueva situada en las laderas de una montaña vecina llamada Adlisberg, teniendo como único compañero a un cuervo que le procuraba los alimentos y que tenía fama de "gourmet" en todo el bosque. De ese tiempo como anacoreta, son sus celebres "Epistolas sobre la nada y las tinieblas" y su reputación de santo varón y sanador de cuerpos. Pero la vida en una cueva, es en la mayoría de los casos un equilibrio de inconvenientes.

En una de sus visitas a la ciudad a requerimiento del viejo e hipocondríaco burgomaestre, pasó por casa de su amigo el cabalista Abraham de Freiberg, que tenía una pequeña pero bien surtida tienda de hierbas y otros remedios medicinales, situada en la Tödistrasse. Allí fue donde encontró un manuscrito en latín que cambiaría por completo su vida: "El libro de la explicación perspicaz" de Muhammad Ibn Masarra (Córdoba 883-961). Abenmasarra fue un maestro que en tiempos del califa Abd al-Rahman III vivía retirado en las soledades de la Sierra de Córdoba, donde en un pequeño cenobio e influenciado por la filosofía del griego Plotino, daba a sus discípulos una explicación comprensiva de la existencia humana y de sus limitaciones, de acuerdo a las leyes divinas y de la naturaleza; bajo las sombras de este olivo que su geografía da al Sur todas las mañanas.

La niebla tiene una especial querencia por la ciudad de Zürich, cuando llega el otoño se deja caer como una pesada losa y hasta los gallos enmudecen en la creencia de que ha llegado la noche. "El gran soberano de Alemaniya" Otto I, había enviado por aquellos días una embajada a Abd al-Rahmann, llevando como emisario a un monje llamado Juan de Gorze y que pasaría por la ciudad de Zürich. Fredegiso no lo dudó y pidió permiso para acompañarlo. El burgomaestre temiendo por sus hemorroides intentó disuadirlo aconsejándole esperará a que cantasen los gallos, que suelen hacerlo por Abril con gran alegría para todos, con el propósito de darle tiempo y que cambiase de opinión.

Fredegiso desesperaba en su cueva y el manuscrito le daba vueltas y más vueltas en su cabeza, necesitaba conocer a los que decían: "Todo tiene su término fijado, y hasta muere la muerte como mueren las cosas". Mientras tanto los gallos dormían en la apacible oscuridad de sus gallineros.

Terminada Epifanía o la Dreikönigsfest, Juan de Gorze dejó Aquisgran (Aachen) y no tardaría en pasar. Fue en una noche fría de finales de Enero cuando Fredegiso llamo a su cuervo y con la ayuda de Abraham de Freiberg y unas laboriosas aves de corral repartieron haces de leña que tenían preparados, vadeando varias veces el río Limmat, dejando montoncitos de leña alrededor de las murallas, en el campanario de la Wasserkirche, encomendándose a sus santos patronos Régula y Félix, y uno de grandes dimensiones en la Platzpromenade frente a la casa del burgomaestre, prendiéndoles fuego de forma simultánea a todos ellos. De pronto toda la ciudad se iluminó y todos los gallos del país se pusieron a cantar. Miles de gallos cantaban y los habitantes de la ciudad pensaron asustados, que las desgracias anunciadas por el señor obispo para el nuevo milenio, se habían adelantado de fecha.

Cuando Fredegiso abandonó su ciudad ya se escuchaba el cantar hondo y breve de los petirrojos en el bosque. Dejó extractos de semillas de ciprés para las dolencias del burgomaestre y de un palafrenero (Reitknecht) llamado Markus que había estado a punto de dejar su oficio al no poder montar a caballo.

En su "Hortus-Cliffortianus" el gran Linné hace mención a la descripción que Fredegiso hace de la higuera y sus frutos: "Florece en las comarcas más cálidas y en los rincones donde no son de temer los fríos como en estos del Algarabejo en la Sierra de Córdoba." Hay higueras que nos dan las brevas (Frühfeigen) por San Juan y por San Pedro las más buenas. Los higos llegan a sazón a fines de verano. Por San Miguel los higos son miel". Recomienda se planten cerca de las casas, "pues se dice no haber hallado higuera alguna asaltada por el rayo". "Los higos -continúa-, relajan el vientre, purgan los riñones y dan mucho mantenimiento al cuerpo engordándole".

Juan de Gorze y su grupo llegaron a Córdoba en el año 957. A Fredegiso lo encontraron en una fonda de la Plaza del Potro, enfermo y preguntando por el maestro Abenmasarra. Con higos, jarabe de cebada y culantrillo (Farnkraut) de pozo, lo sacaron de su postración. Daba las gracias una y otra vez y como el maestro no le entendía continuó alimentándolo de confitura de naranjas y tostaditas de pan con aceite de oliva. A las tres semanas había engordado tanto, que el maestro lo puso a régimen, recomendando no le dejasen dormir más de dos horas de siesta.

Por Santa Catalina todo el aceite tiene la oliva. Noviembre, que alegría daba verlos cada mañana cogiendo aceitunas al maestro Muhammad Ibn Masarra con sus más de setenta años, a Guido de Cortona, Salomón de Sigüenza, Gilberto de Coimbra, a los jóvenes Ibn Sabin, Azarquiel y al pelirrojo Fredegiso de Zurigo como le llamaban los de Vicenza. Que arroces con verduras y gazpachos de tomate les preparaba María de Villaviciosa. No lo puedo remediar, y hoy, se me humedecen los ojos cuando recuerdo aquellos días y aquellas canciones sentimentales llamadas "fados" que nos cantaba el lusitano Gilberto de Coimbra: "Estos olivos son los árboles de mi tristeza, de donde a veces les corto flores a mi amada".

"Vai alta no céu a lua da Primavera (Va alta en el cielo la luna de primavera)", dijo Gilberto, prediciendo un verano caluroso. Habían pasado ya tres años desde la llegada de Fredegiso y ahora partía con Guido y Gilberto a un nuevo centro de peregrinación llamado Santiago de Compostela. "En las noches cuelga la luna arriba de los olivos", anotó en su diario Fredegiso, que le acompañó durante toda su vida y el lo titulaba "Glück und Kontemplation". Junto a los higo, aceitunas y queso para el camino, guardó su celebre tratado de plantas medicinales "Kräuterbuch" y se despidió emocionado de nosotros.

Durante todo este tiempo había caído la lluvia de los días y el olvido, hasta que esta mañana muy cerca de mi tronco he oído en un perfecto alemán de Zürich: "Una gallina del mundo, cuando escarba en la tierra, con sus patas hace un símbolo milenario". Era una gallina de cresta roja y rubicunda de plumaje de las llamadas Frühmette, que estaba dando sus primeras lecciones a siete alegres polluelos. La voz de Fredegiso tenía como he dicho acento de abedul, sí hay alguien que después de estas referencias que de él os he dado, lo ve, decirle que este olivo del Algarabejo desea hacerle llegar un fuerte abrazo.

“Recuerdo que el verano terminaba, cuando un viento suave y remolón que bajaba por las ribéras del Limmat, se posaba durante unos días en el bosque de álamos y sauces que había frente al molino. Mi madre miraba una y otra vez hacia los árboles y una buena mañana me decía: ‘Ya es hora de ir a pescar anguilas’. Y yo cogía mis lombrices de tierra y una rama fuerte y flexible de aliso (Erle) y caminaba un buen trecho hasta llegar a Flössergasse y entre los troncos de los árboles que flotaban en las aguas del río Sihl, sacaba las anguilas más gordas y lustrosas que había, las que tanto gustaban a mi madre de ahumar para el invierno, que cuando cocinaba con ellas soltaban una grasita que le daba un perfume y un sabor inconfundible a sus platos de sopa. A mediodía me sentaba a la sombra de un viejo y hermoso fresno (Esche) que había en la Tödistrasse, junto a una casa de tejado de pizarra, con un espacioso huerto de pared de piedra, por donde asomaban los manzanos como queriéndote saludar.

Habíamos tenido un caluroso verano y las moscas zumbaban desesperadas anunciando tormenta, en las ramas del fresno revoloteaban las tórtolas de un lado para otro; fue cuando vi venir a un hombre de mediana estatura, que tiraba de las riendas de dos mulas cargadas con pesados baúles y largos rollos de tela. Un vendedor ambulante, pensé yo. Cuando pasaron junto a mí, advertí que venían de lejos por sus caras de cansancio y el polvo acumulado en sus ropas y aparejos (Pferdeggeschirr). El hombre me dio las buenas tardes, acompañadas de una sonrisa que me llamó la atención, sus dientes eran los más blancos que jamás había visto. Se detuvieron unos pasos más allá y sacando unas llaves de un bolso de cuero que llevaba a la espalda, abrió la puerta de la casa que hasta ese día yo siempre había visto cerrada. La tormenta con sus truenos y el aguacero me obligaron a regresar a mi casa; el invierno no tardó en llegar.

El viento, un año más se posaba suave y remolón sobre las ramas de los sauces, el verano fue de mucho trabajo en el molino y como de costumbre mi madre me mandó a pescar anguilas a las aguas del Sihl, allí donde los gancheros (flösser) dejan los troncos de los árboles que había venido aguas abajo hasta la ciudad.

Las anguilas también piensan en el agua todo lo que pueden y no se dejan engañar fácilmente. Cansado de esperar, me fui como de costumbre hasta el fresno y no tarde en darme cuenta de algo había cambiado: Las manzanas colgaban de las ramas fuera de los muros del huerto, grosellas y ciruelas claudias. Las adormideras de grandes flores adornaban los arriates de la casa de tejado de pizarra. Bajo el emparrado de uvas moscatel, las flores azules de la ‘herbe de la Trinité’... Las ventanas vestían ahora con vidrieras, que en la parte central era una flor de pétalos multicolores, que el sol de poniente reflejaba en el interior de la casa. Miré hacia la puerta de entrada y en una placa de madera alguien había escrito: ‘FRAXINUS OXICARPA –y en letras algo más pequeñas-, ABRAHAM DE FREIBERG.-IATROMANTE’. Dándole al magín regresé hasta el fresno y comencé a comerme el pan con queso que me había puesto mi madre en la mochila.

Tendido sobre la hierba, tenía yo puesta la vista en una nube blanca con un penacho blanco en su cresta, como vapor que humeaba de sus adentros, cuando alguien se acercó a donde yo estaba y dijo: “¡Buenas tardes Fredegiso!”. Me incorporé y vi que era la misma persona que el año anterior había entrado en la casa de pizarra. Quedé sorprendido, ¿cómo sabía mi nombre? Él continuó hablando: “El viento que despierta a las anguilas de sus sueños en las profundidades del río, en donde han pasado toda la primavera y el verano, tarda hasta siete días en bajar de las montañas y con él viajan unas libélulas que habitan en los valles altos y unas moscas pequeñas y azules que se crían en las flores de las peonías y que son una debilidad para las anguilas. Este año les sorprendió un viento frío y les ha cortado el camino”. Con un ademán me insinuó que esperase mientras entraba en su casa, saliendo con una pequeña caja de madera y unos extraños frutos arrugados y de color marrón, que me dio a probar. “Son higos secos – dijo-, que me han mandado mis amigos de Sicilia; cómetelos con toda tranquilidad, son muy dulces y saludables para el cuerpo”. Con sólo cerrar los ojos tengo la miel de aquellos higos en mi boca.

“Un año de camino –continuó diciéndome- desde un gran río del norte, me han traído hasta este otro río que tu conoces tan bien. Y al pasar junto a este hermoso fresno, vi que la casa estaba en venta y decidí quedarme una temporada en tu ciudad. Has visto mi nombre y mi oficio junto a la puerta, ‘Abraham de Freiberg, Iatromante’, que en griego quiere decir iatros-médico y mantis- adivino. El ser humano siempre está preocupado por el misterio de las cosas y le gusta de hacerse preguntas, también está su salud que a veces le preocupa, y es entonces cuando yo ejerzo mi oficio. Habrás visto plantas y flores desconocidas para ti en el huerto, son para curar males físicos y algunos del alma”. Había girado la nube, y una racha de viento otoñal hizo volar las semillas del fresno que aún quedaban por los suelos. Abraham sacó un objeto del bolsillo y anotó la hora.

“En mi pueblo los molinos harineros dependen del viento para mover sus pesadas piedras. En vísperas de Marzo, un anciano sube hasta la montaña más alta y reparte las suertes de los vientos para todo el año venidero”. Sacó más higos secos y me los dio para mi madre y hermanas. “Mañana será un buen día para pescar, pero me temo que será de los últimos. Este año el invierno vendrá muy temprano”. Volaron las tórtolas en la nueva dirección del viento. Le pregunté el significado de ‘Fraxinus-Oxicarpa’ y sonriendo me dijo: “La Casa del Fresno”.

“El código y las maneras del mundo vienen sin duda alguna escritas en las diferentes clases de vientos”. Dijo cogiendo una semilla del suelo y lanzándola al aire.

El horizonte se inclinaba ya hacía la noche cuando nos despedimos hasta el día siguiente, y a una llamada suya, acudieron unas gallinas de cresta colorada y plumaje tornasolado, tan hermosas que parecía como si la luz del verano se hubiese quedado prendida de sus plumas. Una a una, fueron entrando por un agujero que había en la pared del huerto, no sin antes despedirse educadamente de nosotros con una leve inclinación de cabeza. En el camino de vuelta a casa estaba pensando en todo esto y en un plato caliente de sopa. Mi madre que ya me conoce, me tenía uno a rebosar sobre la mesa, con trocitos de anguila ahumada y queso fundido. La noche la pasé a duermelas; ya de madrugada se oyeron cantar los gallos en la otra orilla del río, me dieron la impresión de que decían mi nombre”. Anno-914/21.Sept. Santa Aurelia.

Frühmette o la vida contada por una gallina de campo.

1 – Overture

Mi abuela nunca supo decirnos la fecha exacta en que comenzó todo: Hubo un tiempo, anterior a las Grandes Lluvias, en que el fuego arrasó y la única vida de progreso fue la de las cuevas, en donde permanecemos muchísimos días sin ver la luz del sol. Entre los apéndices raros que heredamos de ese tiempo, son los espolones de nuestras patas, con los que cortábamos la oscuridad al menor espanto. Las mañanas eran de brumas y nieblas espesas, poco a poco el frío fue remitiendo y pudimos salir al campo, la hierba lo cubría todo y había nuevas voces arrastradas por el viento. Por mayoría se acordó la construcción de una pequeña puerta en la pared de la cueva, que nos permitiese salir al exterior y a su vez impidiese la entrada a todo aquel que su nombre estuviese escrito en la pared, teniendo que memorizar también sus costumbres, tejón, garduña, zorro, águila, lince... Eran muchos, pero sentimos nostalgia de aquel tiempo, donde las palabras tenían ecos que sentíamos como nuestros y es por la voz por lo que nosotras las gallinas echamos de menos el paisaje que hemos perdido. Apareció el hombre y cambiamos las cuevas por otras de paja o madera, en los lugares cálidos, las ramas altas de los árboles fueron nuestro hogar. Y fue en ese tiempo cuando comenzamos a caminar de un lugar para otro, nuestras plumas mudaron el color y nos llamaron con diferentes nombres. Después de todo continuamos con costumbres milenarias, y si en estos tiempos hay hermanas nuestras que trabajan 24 horas, en algo que llaman granjas avícolas y jóvenes hermosos que son sacrificados para hacer "comida rápida", es por ellos, que cada mañana, todos los gallos libres de la Tierra lanzamos a los cuatro vientos un sonoro KI-KI-RI-KÍÍ. Hoy cuando te cuento esto, hace una noche hermosa de invierno, hay luna, nubes y estrellas, y el frío, hace que la vida fuera del gallinero esté quieta como un árbol.

En el lugar donde el río Elba se hace tan ancho que se pierde de vista la orilla de Finken Werder, aún hoy se pueden ver las ruinas de un viejo puente que los lugareños llaman “Teufelsbrück”, pues piensan que fue el diablo quién lo hizo en la noche de los tiempos. Entre los primeros pilares que daban al camino que venía del norte, había un huerto con manzanos y un llano sin árboles, donde pastaban las yeguas de toda la comarca después de haber bajado de las tierras altas de Bergedorf con los primeros fríos. A los potros de un año les rapaban las crines y en reatas eran cargados en grandes barcazas y vendidos por todo el país.

Fue un 22 de Octubre día de San Marcos, de hace ya muchísimos años, cuando unos pescadores aparecieron por el puente, con unas gallinas que habían encontrado flotando sobre las aguas del río en una balsa de madera. Sus plumas y su porte era el más elegante que jamás se había visto en gallina alguna. El plumón de su cuello y los extremos de sus alas tenían todos los colores del arco-iris y cuando les miraban fijamente a sus ojos, bajaban la cabeza una y otra vez como si quisieran saludarte. A la caída de la tarde se agrupaban todas y haciendo un pequeño corro hablaban entre sí, en una lengua desconocida para todos los allí presentes. “Aves del Paraíso” dijo eran, un monje de un convento cercano y que en la biblioteca de su abadía, aseguraba tener una copia del testamento de Noe, en donde había un inventario con figuras dibujadas en los más hermosos colores, de los animales que poblaban la Tierra y que Dios le había encomendado preservara del diluvio universal.

En invierno con las primeras nieves y antes de que se helara el río, el nivel de las aguas subía cubriendo todo el llano, sólo los manzanos quedaban fuera como en una isla, las aves que en bandadas venían de más al norte, daban largos y pausados vuelos antes de posarse en ella. En el enorme tronco de un olmo centenario, tenían por costumbre los viajeros amarrar las caballerías antes de cruzar el puente o de hacer noche en la posada que había junto al camino. La posada era una espaciosa casa de piedra, que adornaba su tejado con dos chimeneas, una en la cocina y otra en la cantina, en donde nunca faltaba la cerveza y el vino, y un plato caliente de habichuelas con tocino, que hacían recuperar la memoria y los ánimos a muchos viajeros que ateridos por el frío los habían perdido por los caminos. Agrupados miraban como brotaban las llamas de los leños de la chimenea, que el dueño de la posada del “Caballo Negro” se encargaba de que no faltasen. En la pared algún viajero anónimo había escrito con carbón y en el idioma del país: “Auf Schusters Rappen”. Que quiere decir, que los pies del caminante suelen ser su mejor caballo, y de eso los que no tenemos patria alguna entendemos algo.

3- Nocturno

Si el viento soplaba de poniente, el humo de las chimeneas se desplazaba a ras del suelo y de las aguas con un penetrante olor a col lombarda. En las tardes de invierno el puente parecía estar más sólo a causa de la niebla que se levantaba del río y lo ocultaba; el vigilante que había a su entrada anunciaba con un cuerno la llegada de nuevos viajeros a la posada. Nada más abrir el viajero la puerta comenzó a llover de nuevo. Abajo en el establo descansaban sus dos mulas, y junto a la ventana dos pesados baúles y unos rollos de tela. Su intención era a la mañana siguiente, cuando levantase la niebla, cruzar el río hasta Finken Werder y pasar allí el invierno: “El infierno no es menos placentero que lo que hace ahí fuera esta noche”, dijo a modo de saludo para todos los que se encontraban alrededor del fuego.

El viajero fue pronto reconocido por unos yegüeros (Pferdehirt) que lo habían visto durante todo el verano último andar por los estrechos caminos de Bergedorf y acampar en las márgenes boscosas del río Elba, desplegando grandes rollos de tela, como si fuesen redes de malla tupida y banderitas de todos los colores que clavaba en la misma orilla del río y que no paraban de moverse día y noche por el viento. Los pastores y algunos marineros se paraban curiosos, y él les decía que andaba estudiando las costumbres y las direcciones de los vientos del norte y tomando buena nota de ellas, “pues hay fragmentos del universo que se dispersan y desplazan aprovechando las fuerzas del aire, y en alguno de estos fragmentos, hay momentos de la Creación que no están descritos en las Sagradas Escrituras y en ellos deben estar el origen de nuestra existencia y expulsión del Paraíso”. Como no llegaban a entenderlo, Abraham de Freiberg, que así se llamaba el viajero, les daba dulces de hidromiel y hierbas medicinales, que años más tarde, estando en Zürich, pondría de moda y que hoy en día se venden en farmacias de medio mundo.

Cuando se retiraba a descansar, de las sombras del establo advirtió que alguien le estaba llamando por su verdadero nombre. El cuerpo se le paralizó por completo y la sangre de las venas se le agolpó de repente a las puertas del corazón. Unas gallinas se movían nerviosas en unas jaulas queriendo llamar su atención; después, una de ellas dio un grito en forma de cacareo que él reconoció al instante. Le vino a la memoria el tiempo que para un niño pasa rápido, pero que no se olvida fácilmente. Se había encontrado con las gallinas que su madre cuidaba en el corral de su casa, junto a los molinos de viento y el azul del mar Mediterráneo. “Nunca –pensó– es demasiado tarde, ni todo se puede dar por perdido”.

“Cientos de fuegos alumbraron la noche, los rescoldos dejaban sus posos en forma de una alargada nube sobre el valle donde se asentaba nuestra aldea; sólo quedaban en pie las dos palmeras que había junto a la fuente. Comenzó a soplar un viento suave: ‘No es gregal, es siroco’, dijo una de tus hermanas, cuando las aspas de nuestro molino se movieron. Pronto, alguien las detuvo. El mar estaba en calma y desde nuestro gallinero veíamos como siempre la isla Cefalonia y el monte Ainos con su penacho de nubes; aun no había comenzado la batalla. Los soldados que habían hecho noche en la plaza se peinaban y adornaban sus cabelleras; sabíamos que al atardecer nada sería igual. Tan imprevistamente pasa el tiempo. ¿Cómo mueren los hombres? Yo me hacía esa pregunta por primera vez y sin embargo la muerte es algo que nos sucede también a las gallinas. Basileo dejó que nos instalásemos en sus tierras de Sicilia, junto a las ruinas antiguas. Hoy nuestro molino, mueve sus piedras con los vientos que soplan por el estrecho de Messina y una hermosa higuera da sombra a nuestro gallinero”.

El vigilante del puente tocó repetidas veces su cuerno durante nuestra despedida. Bastó con darle unas monedas al posadero y que nosotras les cantásemos un son antiguo, con ecos de los héroes griegos de que hablaba Homero para dejarnos libres:

“Tenían los ojos azules, la frente blanca

y la sangre que corría por la tierra era de un rojo intenso por su juventud...”

Hicimos llorar a todos los que estaban junto al fuego de la posada ese día. La posadera y su hija desconsoladas se negaron a cocinar. Descolgaron unos jamones ahumados, sacaron unos vinos de la bodega y comimos todos; reconozco que unas sopitas de pan con vino levantan el ánimo y hacen abrir el pico más de la cuenta a la gallina más prudente. Cuando ya estábamos montados en la barcaza para cruzar el río, desde el otro extremo del puente sonó de nuevo el cuerno. Las mujeres nos decían adiós, mientras con el delantal se secaban las lágrimas de sus ojos. Abraham lanzó un beso que cogió en el aire la hija del posadero; ya en el río apuró la botella de clarete que llevaba en la mano.

Unos meses más tarde nuestro gallo anunció la llegada del buen tiempo a los habitantes de la ciudad de Zürich, sorprendiéndoles a todos por sus variadas estrofas y timbre a los que no estaban acostumbrados; frente a nuestra casa en la Tödistrasse cada mañana a la salida del sol, grupos de personas esperaban que el gallo cantase antes de ir a sus quehaceres diarios. Pronto, no hubo casa en la ciudad por humilde que fuera, en donde nosotras no tuviéramos un hueco en su corral. Nuestra voz se convirtió en parte del paisaje urbano. En la biblioteca de la Universidad de Heidelberg está el original del Códice-Manesse, uno de los códices o libros más hermosos de aquellos tiempos, en una de sus páginas estamos nosotras, mientras una gentil dama sostiene en sus brazos a nuestro gallo. Ese libro se hizo en esa ciudad que bañan las aguas del Limmat; la nostalgia –y perdonen ustedes-, es un sentimiento que nosotras las gallinas ya lo experimentábamos en el mismo corazón del Paraíso.

Las gallinas aceptamos nuestra manera de ser con entusiasmo, es por eso que se nos ve tan felices. También somos buenas observadoras y hemos visto muchas cosas a lo largo de nuestras vidas; hemos visto, como en muchos hombres duerme un profeta y cuando se despierta aumentan las desgracias en el mundo, de repente, ya no había nada claro en ninguna parte: “Por nuestros pecados -decía el señor obispo sin parar de comer-, el mundo se tambalea y se hunde”. Anunciaban la llegada del Milenio, hacían difíciles de sobrellevar nuestros días y nuestras noches; hubo gallos a los que les cosieron el pico para que no cantasen a la salida del sol.

Las últimas tardes del verano de ese triste año, el viento había venido dándoles fuertes sacudidas a los árboles del huerto, no había mañana que al levantarnos no encontrásemos en el suelo manzanas o ciruelas. Abraham llevaba semanas muy atareado, intentando completar el capítulo de su “Tratado de Vientos” dedicado a los que soplan por los Alpes, anotándolo todo en unos mapas. Ya de madrugada observé que las veletas de las torres estaban vigilantes y que el grillo que vivía bajo el umbral de nuestra casa no había cantado durante toda la noche. Antes del que el burgomaestre diese las ordenes de cerrar las puertas de la ciudad, Abraham aparejó las mulas y cargó todo lo que pudo en ellas: “A este viento extraño -nos dijo-, los latinos le llaman ‘Ventus Vúlnero’, viento herido, ahora está muy cerca de aquí y trae sus alas ensangrentadas y no habrá puerta o muralla que resista su aliento”. Nos despedimos de nuestros amigos, y con un tono enérgico pero melancólico, nuestro gallo lanzó a los aires de la ciudad de Zürich un largo Ki-ki-ri-kíí. Estaban ya todos en camino, cuando miré por última vez a través de los vidrios de colores de las ventanas y en la mesa de la cocina habíamos olvidado unos bollitos con crema de leche y canela que nos había hecho la madre de Fredegiso para el viaje. Ya les dije que las gallinas somos buenas observadoras.

Con las tormentas de Noviembre, en las tierras del otro lado de los Pirineos, el otoño tiene un eco redoblado por los montes de Burgos. Unos peregrinos pasaban embozados en sus abrigo camino de Santiago de Compostela; en sus bolsas queso de oveja y aceitunas. Nosotros buscábamos a Fredegiso de Zurigo, las cornejas y los cuervos del camino nos había advertido que andaba cerca. Empapados por la tenue lluvia hicimos un alto en Santo Domingo de la Calzada, también por estas tierras andaba trabajando la “herrumbrosa guadaña”. Junto a la cruz que señala el término del pueblo, un joven esperaba ser ahorcado con las primeras luces y lloraba desesperadamente proclamando su inocencia. Nadie le creía. Sin pensarlo, nos encaramamos a un extremo de la cruz y con todas nuestras fuerzas gritamos su inocencia; el aire de la noche se quebró en mil pedazos y los habitantes de pueblo reconocieron tener menos juicio que unas gallinas, dejando en libertad al pobre e inocente joven. Fue tanto el revuelo que armamos, que un gallo y una de nosotras tuvieron que quedarse a vivir en el pueblo, y hoy, aun siguen en una hornacina en forma de jaula dorada en la iglesia catedral, y si alguna vez visitas como peregrino ese lugar, darles recuerdos nuestros en cualquier idioma del mundo, te entenderán fácilmente.

6 – Rondo

Al atardecer llegaban a la casa de Sierra Morena las voces de los pastores llamando a sus rebaños, el canto último de los gallos en los cortijos, relinchos, ladridos, todo el eco sonoro de las tierras del sur y la vida del campo. Vivíamos en compañía del maestro Abenmasarra y muy a menudo nos visitaban desde Córdoba -que en aquel tiempo era una ciudad de encuentros-, maestros como Averroes, Moisés Maimónides o Salomón Ibn Gabirol. Recuerdo al poeta Ibn Hazm de Córdoba: “¡Ay si la vida hubiese prescindido del infierno!”. Años después Abraham de Freiberg huyó de nuevo, embarcándose ahora a lugares recién descubiertos por el “hombre blanco”, donde continua ampliando su “Tratado de Vientos”. Yo opté por quedarme en compañía de estos olivos. Algunos inviernos en que las lluvias y los vientos vienen de tierras de Portugal, llegan ráfagas rezagadas que traen abrazos y saludos de Abraham. Con estas lluvias también llega un pájaro que ha perdido como yo, la cuenta de sus años, y repite de memoria los nombres y las voces de los que alguna vez conoció por los caminos y ya no están; cada año es más grande su repertorio, puede que algún día venga con mi nombre y voz aprendida.

La ventisca desmenuza la lluvia hasta hacerla tan fina que entra por las grietas de la vieja puerta del gallinero; refugiadas en los palos más altos, hablamos hasta altas horas de la noche:

.- ¿Porqué nosotras las gallinas no adoptamos una doctrina de salvación cómo los humanos? –dijo una de las más jóvenes.

.-Joven hermana, es por la imposibilidad de llorar que tenemos las gallinas, y gracias a que no podemos, conservamos el gusto por las cosas de la tierra y procuramos vivirlas con toda su belleza. Los humanos con sus lágrimas lo ahogan todo.

.-Ayer –continuó otra-, me encontré con unas hermanas moriscas que venían haciendo un largo camino en compañía de unas gallinas de Guinea y unos seres humanos, el miedo y el cansancio habían hecho hendeduras en sus cuerpos. Amparándose en la noche continuaron su camino hacia el norte.

.-No puede haber vida donde la vida está falta de atención. Hay lugares en este planeta que se desmoronan y es en los caminos donde realmente se ven otros seres que piden ayuda. Acostumbraros a dejar un hueco en nuestro gallinero por si alguien lo necesitase.

.-Todos los pensamientos –dijo con voz áspera y nasal la urraca que este invierno se quedó a vivir aquí con nosotros-, están en función de nuestras miserias. Si el ser humano llega alguna vez a comprender algo en su vida, el mérito es sólo de sí tiene o no el estómago lleno.

Ya nadie dijo nada.

7 - Finale

Mi verdadero deseo es estar a la lluvia y al sol; pretender salvar el pasado hablando de él, representa nuestro único recurso contra las maniobras del olvido. En estos momentos me siento demasiado vieja y sólo me apetece revolcarme en esa tierra suelta y mullida que aún encuentro junto a los añosos troncos de los olivos y asear las pocas plumas que me quedan. Vieja, sin profesión rentable, no teniendo sitio en mi cabeza donde colocar nuevos recuerdos, he ido relegando las tareas y el porvenir de este gallinero en los más jóvenes. La vida es una pérdida constante de luz, es por eso que ahora vivo en la parte más soleada del cobertizo, junto a una ventana, por donde voy dejando escapar los suspiros.

Antonio del Barranco de las Cañas

De Antonio puedo contar muchas cosas, pero ahora les digo solamente que de niño fue monaguillo (Messknabe) y de mayor le enseñó a cantar el “Jubilate Domine” a una urraca (Elster) en perfecto latín. Antonio había pasado de los cuarenta años de edad, cuando una de las veces que bajó hasta Córdoba y en el entorno de la plaza de la Corredera se encontró con unos alemanes que buscaban mano de obra para levantar su país de las ruinas de la última guerra; dos meses más tarde, había cambiado el verde olivo de Sierra Morena, por el verde oscuro de los abetos de las montañas de Bergedorf en el norte de Alemania. Le dieron por vivienda una pequeña casa de madera en el extremo de un bosque, de sonoro y largo nombre, que él gustaba de poner en el remite de sus cartas, para desesperación de sus hermanas y que a mí, que por aquel entonces era un niño, me resultaban mágicas: Wildschweingehebe, Hamburger Landstrasse 147, Bergedorf-Alemania.

Durante bastantes años trabajó en una fábrica de sombreros, una “Hutgeschäft” como él solía decir, prensando fieltro en una enorme máquina de vapor que le recordaban los calurosos veranos del sur. En uno de sus primeros viajes de vacaciones a su patria, sus amigos y él cambiaron sus boinas (Baskenmützen) por sombreros tirolese.

Antonio era un trabajador incansable y pasaba los fines de semana en la cocina de un conocido restaurante de la zona llamado “Grüner-Jäger”, allí conoció a la mujer que sería el amor de su vida, Cecilia; planchadora en una fábrica textil y cocinera como él los fines de semana y la que le hizo cambiar el aceite de oliva por la mantquilla y moderarse en el consumo de ajos. Un día Cecilia le pidió se casara con ella; Antonio me aseguró, que lo había pensado tanto, que anduvo un año enfermo del estómago. Siguió soltero y manteniendo una entrañable amistad con Cecilia, trabajando en la sombrerería y bajando cada Viernes Santo hasta la vecina ciudad de Hamburgo, en donde como buen católico hacía las paces con Dios y regresaba cargado de información contra la dictadura de Franco.

Fue a finales de primavera, cuando el viento había arrastrado hasta la puerta de su vieja casa un volantón de urraca, que incapaz de volar, sólo hacía que abrir la boca pidiendo insistentemente comida. Con migas de pan y trocitos de carne lo sacó adelante. En el crudo invierno de aquel año, en donde hubo días seguidos de hasta diecisiete grados bajo cero, el pan se lo mojaba en vino de Jerez y dejándole que durmiese en la cabecera de la cama; fue en esas largas y oscuras tardes, cuando después del trabajo, le enseñó a decir algunas palabras y a tararear canciones de moda.

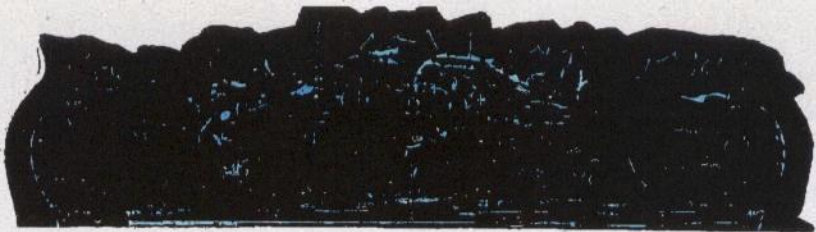
Cuando el autobús te dejaba en la Hamburger Landstrasse y en compañía de Antonio te adentrabas en el bosque hasta llegar a su casa, levantabas los ojos y el cielo era un círculo azul de tal alto que eran los árboles. En el estrecho y alto azul de ese cielo llegó el tiempo de cuaresma y como cada Semana Santa, Antonio se acercó hasta la ciudad de Hamburgo, ésta vez acompañado de un pájaro negro y de ojos brillantes, para asistir a los Oficios de Tinieblas del Viernes Santo. En un bolso de mano que había dejado sobre sus rodillas, una vez transcurrido el Miserere y comenzado el órgano con el preludio de “In dulci jubilo”, el pájaro sacó la cabeza, mientras se dejaba acariciar por la mano de su maestro, y los allí presentes vieron como Antonio y la urraca cantaban a dúo en un perfecto latín.

Hubo un gallego que tenía un bar en el puerto de Hamburgo que quiso comprar aquella urraca, que al llamarla por el nombre de María, respondía con un sonoro “Ave María Purísima” y daba los buenos días y las noches en perfecto alemán.

Si hoy regresará Antonio al Barranco de las Cañas en Sierra Morena no encontraría su casa. La última vez que lo visité en Bergedorf, fue a comienzos de Septiembre poco antes de que abriesen la frontera con la otra Alemania (DDR), fue cuando me dijo: “Ahora entiendo –acordándose de su tierra-, por qué los pájaros vuelan Otoño abajo”. Fue ese su último invierno. Cecilia y sus amigos le dieron una conmovedora despedida; hoy reposa en algún cementerio de Madrid donde viven sus hermanas.

Años más tarde me encontré con Cäcilie ya jubilada que pasaba sus vacaciones en Javea, en las costas del Mediterráneo y recordamos aquellos años, ya por último le pregunte qué había sido de la urraca: “Ese verano la veíamos excitada sobrevolar el restaurante; al eliminar la frontera, el tráfico de aquella carretera se hizo insoportable y algo tuvo alterarla pues ya no volvimos a verla”.

Me acordé de Antonio, cuando este Otoño vi a los pájaros que huyendo del frío volaban hacia el sur.



Las aves de Memnón.

Después de un mes que paso volando, los primeros días andábamos por el corral sin saber que hacer, ni que decir; treinta días antes todo eran nervios y risas. Me levantaba cantando y había veces que mandaban que me callase de lo pesada que me ponía, mientras mi madre y hermanas mayores me pintaban las patas de azul y las uñas y el pico de un rojo intenso. Los más viejos, y mi madre los llevaba, se habían pintado de amarillo sus espolones. Los gallos y gallinas del molino íbamos con nuestras crestas polvoreadas de harina. Ya en el camino, nos encontramos con unas hermanas moriscas que cubrían su cara con un velo, dejando al descubierto sus hermosos ojos y su cresta. La procesión no se ponía en marcha hasta mediodía y finalizaba en casa de Memnón a orillas del mar, donde nos esperaba en compañía de su mujer y de todas las aves voladoras de la isla, que en bandadas iban emitiendo hermosos trinos y gorgoritos hasta posarse en los árboles que daban sombras al Ágora. Esa tarde dejaron de llamarme “la Niña” y pusieron mi nombre en un almanaque que llaman Menologio, junto a la luna que había el día de mi nacimiento; en ese almanaque había un ayer, un hoy y un mañana todo en un mismo recuadro para uso de nosotras las gallinas y para todos los que no se afligen pensando en el pasado, presente y futuro, los días en él no son nada más que apariencias variables, van y vienen retornando y el tiempo nunca se da por perdido. Miré a mi madre cuando puso mi nombre en la hoja del almanaque y me encontré con sus ojos fijos en mí; ese día advertí por primera vez como se transforma las cosas, sin parecerlo, con el lento pasar de los días.

Hay un momento del día cuando el sol está en todo lo alto que el viento se hace indolente y trae sólo los sonidos de las cosas que están cerca; la voz de Memnón era como un susurro, cerré los ojos y a punto estuve de quedarme dormida, el ágape de la mañana había sido sustancioso y yo una glotona. Queriendo tener obligaciones me había apuntado a todas las listas de Historia, Geografía, Literatura y otras muchas cosas que impartían en el Ágora; “vagabundaje, evasión y poesía”, así las definía el maestro.

El poder de la inteligencia se ejercita en proyectar sobre él un lustre, mi madre sin duda lo había conseguido con los años tener ese brillo en sus ojos y en sus plumas, con sus espolones pintados de amarillo, estaba deslumbrante, cuando la nombraron Menonia o poseedora de cultura, y desde ese día, libre ya de tener que poner huevos y atender a la prole, enseñaría a las futuras generaciones el “sentido de la distancia” y a concebir la vida sin agonía, ni precipitaciones. Que mi madre estaba cambiando se lo noté una mañana fría de Febrero, que en contra de todo pronóstico dijo estar muerta de calor y sin motivo alguno se ponía triste y pensativa, dejó de cantar canciones folclóricas de sus tierras del sur y le dio por guardar granos de trigo y otras semillas por los huecos de las paredes y no entendía las salidas nocturnas de su hijo, el joven gallo Alvarikokó.

El encanto de la edad madura está en el lustre del cuerpo y en la imaginación; es una ventaja tener calores cuando vamos perdiendo las plumas y en cualquier momento el corazón también te da alguna que otra alegría. No sé lo que esa mañana pasó por la cabeza de mi madre, pero mucho antes de que el gallo cantara, ella nos despertó cantando mientras escarbaba entre las patas de las mulas, a mediodía salió al corral toda acicalada picoteando en las cabezas de los que estaban dormidos al sol, cuando por la trampilla del gallinero, apareció la cabeza de su hijo con cara de haber dormido poco y mal: "Ay, aquí está la juventud ansiosa de obligaciones —dijo dándole un fuerte apretón con las alas que casi lo tira al suelo—. ¿Cómo me digites qué te gustaban las manzanas?". Y medio dormido se lo llevó hacia el huerto, mientras le oíamos como le decía: "Alguna vez te dije que con sólo oír el graznido de las urracas puedes saber si las manzanas están maduras"...

De mi madre aprendí a aceptar lo que la vida nos da por cortesía, ¿qué ganamos mostrando nuestra ruina si podemos fingir la prosperidad? La costumbre de tener que trabajar, poner huevos todos los días embota nuestros sentimientos y con los años hay que reclamar una plaza en lo que llaman "buena vida", aun que sólo sea ya para el asilo.

" Los sembrados están crecidos y tan bonitos,
que cuando estoy dentro,
hay quién confunde mi cresta con una amapola."

Era una de mis nietas que pasaba por aquí, que dulce que es. Pronto celebraremos la llegada de la séptima luna y el séptimo mes y su nombre lo pondremos en uno de los recuadros de nuestro almanaque Menologio. El gran error de la Naturaleza es no haber sabido limitarse a un solo reino; imaginaros por un momento ser piedra de una alta montaña, agua de un caudaloso río o árbol de un lugar necesitado de sombra.

Aquí, la vida sigue siendo antigua, no hay nada escrito, sólo la memoria resiste el paso del tiempo. De los cerezos viene el canto de la oropéndola, me acercaré antes de que aparezcan las urracas.



De cómo encontramos el maíz y la Montaña de Oro.

El aire de la mañana repartió con las primeras luces malas noticias por el gallinero, de los dos álamos vecinos al huerto de granados y que parecían por su altura querer alcanzar el cielo desde lo más hondo del barranco, la lluvia y el fuerte viento de la noche habían derribado a uno de ellos; su largo tronco descansaba sobre la falda de la montaña y sus raíces como manos que tuviesen muchos dedos, se desprendían de sus guantes de tierra con la ayuda de las imparables aguas del arroyo. El sol había avanzado ya algo, pero el frío continuaba teniéndome paraliza. Después de desayunar las sobras de la noche anterior, busqué un rincón soleado en el pajar y me dispuse a pasar la mañana, cuando una ráfaga de viento que subía ululando y sin piedad barranco arriba, nos trajo un grito como si fuese el chirriar de una puerta vieja que me hizo poner de pié. Volvimos a oírlo una y otra vez, era una voz familiar. El pequeño Cárabo (Waldkrauz) que vive en la linde del bosque de quejigos (Bergeiche) con el olivar, pedía nuestra ayuda desesperadamente.

El sol andaba ya metido entre los días más cortos del año y sus rayos no terminaban durante la mañana de borrar la línea blanca de escarcha con que la noche pinta los caminos. El nombre del Invierno llevaba semanas colgado de nuestro calendario y hasta que no apareciesen los primeros brotes en las ramas de los fresnos, ninguno de nuestros gallos anunciaría la llegada del buen tiempo.

Una barrera de ramas y troncos caídos sobre la vereda nos impedía el paso y obligó a Paloma y Negrita, los dos perros fieles de la casa, a llevarnos por una estrecha senda que serpentea montaña abajo, camino habitual de zorros y comadreja, que nos ponían, nunca mejor dicho, “la carne de gallina”. En el bosquecillo de quejigos se oía el eco de nuestras pisadas y entre ráfaga y ráfaga de viento lográbamos reconocer la voz trémula de nuestro amigo Cárabo; entre ese murmullo había mezcladas voces nuevas. Las vocales tenían el acento de las olas del mar, y las consonantes eran como el batir de las hojas de las palmeras con la brisa de la tarde. Sonaban tan distintas y nuevas para los que habían bajado del cortijo, que me encontré de pronto con sus miradas, todas dirigidas a esta vieja gallina Frühmette, desmemoriada y que hace tiempo dejó de cantar maitines por respeto a los oyentes. Las nubes avanzaban tan deprisa empujadas por el viento, que tuve que respaldarme sobre un tronco para no perder el equilibrio. Mirando hacía el suelo y cerrando los ojos, comencé abrir mis oídos al lenguaje de los vientos y de los caminos del aire, recordándome, que los senderos por donde discurre nuestra existencia van trazados en círculo y retornan:

“MANDRÁGORA...MANDRÁGORA”. Fue como una sacudida que me dieran en todo mi cuerpo.

Mandrágora (Alraun), planta mágica que cuando la arrancan del lugar en donde habita, lanza un grito tan terrible, que el autor cae muerto de repente. Me aparté a un lado y al abrigo del viento, detrás de una roca, comencé a reírme, pero mi voz chillona de gallina vieja me delató y todos los del grupo de rescate me tomaron por loca. “Mandrágora”, era el apodo con él que me conocían en mi aldea natal y que Anita hacendosa mujer que vivía con su hijo Gabriel en casa de los padres de Abraham, me puso un buen día de mi atolondrada juventud, cuando después de haber picoteado unas lechugas en el huerto, comido unas ciruelas y pisado la ropa blanca que tenía tendida al sol junto a la alberca, me puse a cantar una canción de moda en el tejado del molino; su potente voz dijo: “¡Por el amor de todos los dioses del Olimpo, calla, que gritas como una condenada mandrágora!”.

A poniente de estas montañas están las tierras que llaman de Portugal, de esa dirección venían las nubes y el viento que las empujaba desde mar adentro y que amenazaban con descargar sus aguas sobre nuestras cabezas. Cuando de repente, como caído de un árbol y rodando cuesta abajo hasta donde nos encontrábamos llegó Cárabo; completamente mojadas sus plumas y tiritando de frío dijo: “Sacarme de aquí pronto, no puedo seguir oyendo estas voces extrañas que salen de todas partes; no he comido en dos noches, ni dormido”. Dejándose caer en el suelo, batió sus alas como si fuese su último suspiro.

Sin esperarlo, de algún rincón del bosque, removiendo las hojas de los árboles, como si conociesen de memoria el lugar, las voces extrañas comenzaron a rodearnos: “Estamos en el mar. Ahí avistamos ya tierra...”. Y el silencio se adueño de nuevo de las montañas, sólo las aguas del Arroyo Hondo se oían claras por debajo de nosotros.

Desconocíamos de donde procedían esas voces, pero todos reconocimos al instante quién nos las enviaba, era nuestro amigo Abraham que quería sin duda decirnos algo. Todos gritamos a una, pero no hubo respuesta. Y las noches de invierno en esta Sierra de los Santos caen frías y puntuales. Al no poder levantar el vuelo, aupamos a Cárabo sobre el lomo de Paloma que era la más fuerte del grupo y vereda arriba, iniciamos el camino de retorno al cortijo. No recuerdo quién iba hablando solo. La última parada la hicimos al llegar al pozo, debajo de las ramas desnudas del membrillo tomamos un respiro; todos, sin decirnos nada, miramos hacia la pila de lavar la ropa que continua apoyada sobre el tronco de un viejo olivo, su dueña se marchó para no volver y este era el primer invierno en muchísimos años que no estaba con nosotros. Negrita se apartó del grupo y continuó sola el camino.

Un pájaro –creo qué ya os lo he contado otras veces–, canta en las ramas del membrillo cuando está cargado de flores blancas, y con el primer ardor del día, engarza su canto con los nombres de los que alguna vez conoció por los caminos. Cuando florezca esta primavera el membrillo, me vendré con él a repasar los que yo tengo apuntados; es un “ora pro novis” que cada día se va haciendo más largo.

En las noches frías de ventisca y lluvia no valemos nada fuera del establo y esto nos une. Negrita se quedó un rato más fuera e hizo esa noche la primera ronda.

La ventisca azotaba las viejas paredes entre las que nos refugiábamos y con el misterio de las cosas retornaron las voces perdidas que recuperaron su eco: “Aquí nos encontramos y hemos perdido la cuenta de los días, las semillas de tomates y berenjenas ya dieron su primera cosecha, con la luna nueva nacieron los primeros pollitos”.

Era sin duda la voz de Abraham; todos nos olvidamos del sueño.

“A las dos semanas de abandonar Sierra Morena llegamos al puerto de San Lucas de Barrameda, pudiendo embarcar ese mismo día en un navío que llevaba bastimentos a las islas de Santo Domingo. De allí partimos con la ayuda de los vientos alisios que soplan dirección sur los meses de verano, y un 17 de Agosto antes de divisar la isla de la Trinidad, nos sorprendió una tormenta de fuerza y carácter desconocido para nosotros. Amarramos nuestras pertenencias y permanecemos bajo cubierta temiendo por nuestras vidas. El viento del norte fue tan recio durante en la noche, que el barco terminó por partirse el dos, hundiéndose en las profundidades del océano”.

Un espeso y oscuro lamento, recorrió los palos del gallinero.

“A la salida del sol, sólo unas maderas y dos baúles flotaban sobre las aguas; encaramados a ellos seis gallinas, un gallo y un advenedizo marinero. Andamos en estos menesteres por tres días completos y cuando nuestras fuerzas flaqueaban, oímos toda la noche el sonar de flautas y tambores. Al amanecer de aquel día fuimos recogidos por unos pescadores antillanos; nuestro gallo cantó nada más pisar tierra firme. En una amplia choza de hojas de palmera vivimos con varias familias que nos ha acogido como a hermanos, nos alimentamos de frutas que vemos por primera vez. La temporada de lluvias las hemos pasado contando historias, tendidos sobre camas suspendidas en el aire que aquí llaman “hamacas”, que gustan tanto a vuestras hermanas, que tenemos que tomar precauciones antes de echarnos en ellas, para no romper los huevos de alguna nidada. El grito de los monos y de unos pájaros de vistosos colores, llevan días desde la espesura verde del mato anunciando la llegada del buen tiempo. En su calendario se conoce a esta estación del año como la del “Camino del Maíz”. El maíz es una suerte de mijo que produce una caña muy grande y en ella ciertas mazorcas llenas de muchos granos amarillos, de tamaño de garbanzos, de los cuales molidos hacen pan y tortitas que nos han puesto a todos de buen ver. La humedad y el calor han deshecho mis ropas y ahora ando en cueros, situación algo embarazosa por las risitas de vuestras hermanas; que al parecen ya se han acostumbrado. Mañana, todos los habitantes de la aldea abandonaremos estos lugares e iniciaremos el “Camino del Maíz”, que termina en un altiplano de suaves temperaturas, lagos de aguas azules y transparentes donde se refleja lo que ellos llaman la “Montaña de Oro”. Ya os haremos llegar noticias nuestras. El mar es tan azul como el cielo, canta un gallo, las palmeras brillan bajo el sol...”

A las cuatro de la madrugada, después de un día más movido que de costumbre, con todo el frío y la humedad del mundo metido en mis huesos, finalmente pudimos descansar. Desde la altura que me proporciona el lugar en donde me encaramo para dormir, advertía esa noche, que no se puede encontrar más rigor en la filosofía de los humanos, que en la existencia de los habitantes de este gallinero, pues el rigor no existe más que en la medida en que uno se identifica con las cosas que te abordan o se sufren cada día. Y esa es la moraleja de la historia que os he contado hoy.

El Camino de Poniente

“Con tantos años encima, lo que no hay que pretender es aparentar tener menos”, me digo todos los días nada más levantarme y mirarme al espejo; aparte de eso, con la llegada del buen tiempo vuelvo a tener en mí todos los sueños del mundo. A la ventana junto a la que duermo ahora por las noches, a diferencia de los meses invernales, el sol tarda algo más en asomarse por las mañanas, y con el silencio que hay en el establo, aprovecho esos momentos para echar una cabezadita. Unas horas antes el “desgañicresterio” de los gallos jóvenes cantando a la salida del sol había sido atronador, no dejaron de dormir a nadie. Ahora están todos fuera y he visto preocupada como “Gardel” el gallo viejo entraba y salía, trasteando y amparándose en la oscuridad ha guardado entre sus alas un cuchillo mohoso; un día veremos volar plumas.

Urraca, ese pájaro blanquinegro que fue vecino de las riberas del Elbe hasta el último otoño, pasó ya dos veces volando sobre el cortijo llamándome a gritos para que me levantara. Nada más verme asomar la cabeza por el agujero se puso a reír al ver mi aspecto desamparado. Hay veces que la odio, pero me gusta tenerla por amiga por su carácter jovial y despreocupado. Ella ha preferido quedarse a vivir cerca del establo a la soledad del bosque; yo la he visto dar un gran rodeo en sus vuelos para no tener que pasar sobre casas deshabitadas. Las urracas nacen con muchas lecciones aprendidas, ésta en concreto canta motetes en latín y canciones marineras con acento hanseático. También sabe dar con las primeras frutas maduras de los huertos, le gusta ver la ropa tendida al sol en los cortijos y el humo de sus cocinas.

Nada más levantarme no me apetece hablar, hasta que no he aseado un poco mis plumas y echado algún grano de maíz al buche. Luego -con Urraca por los alrededores es inútil- busco un lugar tranquilo donde pasar la mañana:

-¡Buenos días! ¿Qué, el espejo te ha traicionado una vez más esta mañana? –dijo con voz áspera... Veo en tus ojos una energía que me quieres ocultar y que has estado prodigando en tus sueños esta noche. Dime, ¿de qué corral era el gallo?.

- Todas las urracas sois unas brujas.

De un salto cambió de rama y aprovechándose de una racha favorable del viento se perdió montaña abajo, gritando: “¡Hasta para las gallinas, la vida, no es nada más que un equilibrio de inconvenientes!”.

Ayer con las últimas luces de la tarde me pareció escuchar el canto de un pájaro, era un “schri pitt-pitt” de tonos puros y melancólicos; venía de lejos. Esta mañana vibró el cielo con las breves estrofas de la curruca de cabeza negra, nos anunciaba la llegada del buen tiempo. Al canto de la curruca le siguió el alborozo del primer huevo, seguido del cacareo estrepitoso de todas las gallinas ponedoras, que a esta vieja fuera de todos los procesos productivos se le hacían insoportables. Me fui vereda abajo hasta el bosquecillo de almendros desde donde se oyen las aguas cantarinas del arroyo; estaba buscando un lugar cómodo y fresco en donde pasar las horas cálidas del mediodía, cuando desde las ramas de un olivo salió el canto del pájaro que creí haber escuchado ayer tarde.

En el interior del círculo en que nos encontramos encerrados todos los seres vivos, los caminos que van del centro hacia la periferia cada día están más transitados de marginados que huimos del hervidero de los humanos. En este tramo del llamado “Camino de Poniente”, antaño conocido y hoy olvidado, los transeúntes son un espejismo, por eso me resulto extraño el canto melodioso de ese pájaro: “¡Ya es primavera señora urraca, cantemos y bailemos volando entre los olivos!”. Un pajarillo de alas verdes, pecho blanco y motitas rojas en las plumas de su cuello había sorprendido a Urraca, que para no perder la costumbre, estaba importunando a las lagartijas que viven entre las piedras que hacen pared a un viejo corral de colmenas; embobada, mirando fijamente al pajarillo, sólo supo decir “scharr kar-kak”.

-¡Verdeclara! ¿Qué haces por aquí?

Y Verdeclara que era el nombre del pajarillo, giro su pequeña cabeza y de un corto vuelo se posó junto al tronco en donde me encontraba, suave como un copo de nieve de los que suelen caer durante el invierno en los hayedos y aldeas de Magdeburgo su lugar de procedencia. Me incorporé para saludarla y preguntarle por su anciano padre, cuando ella sirviéndose de sus alas, señaló a un punto del camino en donde pudimos ver la figura de un hombre que trabajosamente cruzaba el arroyo. En ese mismo lugar hace ya muchísimos años nos encontramos por primera vez; Verdeclara apenas si había aprendido a volar, y que por una herencia o extraño hechizo convertida en pájaro aún mantenía su voz de niña. Buscaban una montaña, que al darle el sol de costado sus vetas de oro resplandecían.

“¡Una vereda entre olivos nunca conduce al invierno!”, dijo el anciano nada más vernos. Estaba mirando su rostro y no recuerdo lo que le dije. En su cara y en sus ojos había tantos caminos, que bien podía llevar o responder a todos los nombres del mundo. Se quitó el sombrero en donde había colocado unas flores de cantueso, secándose el sudor de la frente y sentado ya a la sombra continuó hablando: “Cuando se vive en los caminos no se puede eludir la existencia con explicaciones, como hacen los que viven en hogares confortables, aquí –y señaló con la mano a las montañas y a sus árboles- se ama o se odia la naturaleza y en esa alternancia esta nuestra felicidad “. Con un dedo acaricio la pequeña cabeza de Verdeclara que se había subido a sus rodillas, mientras de un saco que portaba sacó unas lustrosas manzanas, que partiéndolas en pedazos, Urraca, ellos dos y esta gallina pudimos probarlas.

Sirviéndose del golpear acompasado de su pico Verdeclara nos avisó que alguien se acercaba por el camino. Eran Paloma y Negrita, los fieles perros del cortijo que se acercaban a saludar a los caminantes; pronto aparecieron los gallos y las gallinas jóvenes, el gato y las golondrinas que este año anidan en el establo. Con el sol ya escondido, regresamos al cortijo. Recuerdo su rostro a la caída del día.

El caminante cocinó para todos unos garbanzos con acelgas, que acompañamos con vino que sirvió de su bota (Weinslauch); algunos mojamos el pan duro en vino, el gato en la primera ronda ya estaba ronroneando, y Urraca, como si tuviese una lengüeta de cuero en su garganta se arrancó sin decir nada cantando “Mackie Navajas”:

-.Und der Haifisch, der hat Zähne...hat ein Messer...sieht man nicht...

“Y el tiburón tiene dientes...un cuchillo...”. No había manera alguna de poderla callar, hasta que alguien pudo sacarla a la calle. En los postres la vimos entrar algo más calmada.

“Intentábamos levantarnos una y otra vez del suelo, la fuerza de la lluvia y el viento nos lo impedía –nos contaba el anciano–; en una de esas rachas desviadas de su cauce advertimos que alguien nos llamaba por nuestro verdadero nombre. Era la señal que tantos años habíamos esperado: ‘En la que llaman Montaña de Oro se asienta ahora nuestra aldea y toda ella está sembrada de maíz...’. Era la voz inconfundible de Abraham que nos mandaba un mensaje ayudándose de los vientos y aguaceros de poniente. Y en esa dirección caminamos ahora.”. Dos lucecitas como ascuas de fuego se vieron acercarse volando desde un rincón del establo; eran los ojos del pequeño Cárabo que se acercaban a nosotros, y abrazándose a mí dijo no querer saber nada de esas extrañas voces.

“Muchos caminos ya no están disponibles para los caminantes y los trenes nocturnos son como el ‘Arca de Noé’ para los desheredados de la tierra. Hace unas noches viajábamos en uno de esos trenes, me levanté feliz mirando desde una ventana las luces de una gran ciudad. El resplandor era de lo más hermoso. Mujeres y niños se levantaron para mirar a través de las ventanas del vagón. Unos jóvenes africanos me miraron sorprendidos. Después de unos momentos de dudas, me senté sin saber que decir. Saqué del bolsillo de la chaqueta la última fotografía que me hice con ‘Gallarda’, la vaca más maternal que he conocido y me quedé mirándola durante mucho tiempo. El olor a establo y a la verde hierba. Inmensas piras de leña y neumáticos ardían con los cuerpos de cientos de ovejas y vacas sacrificadas, iluminando la noche...”.

“¡Una vez me tocó vivir en un gallinero que aquellos que se negaban a cantar eran despedazados!”. Grité, y abrazándome a Urraca, les pedí a todos que cantasen, y ante semejante consigna nadie se negó: “Desde las ramas más altas digo adiós con mis canciones...”.

En un descanso, desde el humilde decoro del techo del establo sonó una bellísima voz como si se abriesen de par en par las puertas del Paraíso: “Come dolce prima dell’uomo doveva andare il mondo...”. “Que dulce antes del hombre debía ser el mundo...”. Como pétalos en el aire, la voz de Verdeclara fue deshojando madrigales, que nos estremecieron a todos. Nos contó que había estudiado canto en Italia y que sus maestros habían sido unos petirrojos y un mosquitero silbador, que le enseñaron hacer estrofas suaves, descendentes de tonos puros y melancólicos al estilo napolitano.

No sé a que hora pude dormirme. Cuando me desperté no quedaba nadie ya en el establo, los gallos jóvenes no habían armado revuelo alguno a la salida del sol. Se habían olvidado de mí; como pude, con prisas y en la oscuridad busqué algo que ponerme para tan señalada despedida. En un montón de deshechos que guardo como un preciado tesoro, encontré un envase de yogur de colores muy vivos, que haciéndole un agujero para poder sacar la cresta me iría muy bien como sombrero. Me pinté el pico de rojo, y nada más asomar la cabeza por el agujero o postigo por donde salimos al campo, a un primer instante de silencio, le siguió el alboroto más absoluto; todos sin excepción se partían de risas al ver mi aspecto. Algunas mañanas deseé cambiar de nombre y de gallinero.

No me gustan nada las despedidas, me producen una especie de tic nervioso que me agarra el cuello y no hago nada más que mirar al cielo dándome cuenta en esos momentos de la altura que éste tiene. Hasta que no abracé a Verdeclara no pude mirarle a los ojos. Su padre nos abrazó y besó uno a uno. Antes de perderlos de vista, los vimos pararse y hablar con Antonio que cuidaba de su rebaño de cabras junto al camino de herradura que lleva a Portugal. De regreso hicimos un alto en el bosquecillo de almendros, hasta entonces nadie se había atrevido a hablar; de repente los gallos jóvenes se pusieron a correr y a cantar como locos, levantando una gran polvareda. El viejo “Gardel” que aún seguía llorando a moco tendido, no pudo soportar por más tiempo las impertinencias de los jóvenes, sacó el cuchillo que escondía entre sus alas y vimos volar plumas entre risas y carreras vereda arriba.

Lejos del mundo y sus peleas, Urraca y yo habíamos pasado toda la mañana en el mismo lugar donde nos encontramos con los caminantes el día anterior. Antes de regresar al cortijo, esperamos a que el sol se despidiese de los montes. Fue entonces cuando escuchamos el canto de un pájaro, era un “schri pitt-pitt” de tonos puros y melancólicos al mejor estilo napolitano.

